

39, entre los cuales están considerados nueve de los doce anteriores; se suprimieron (atinadamente): besana, cañón y Diesel. Siguen siendo, sin embargo, poquísimos –considérese, simplemente, que ahí mismo hay poco menos de 3 000 mexicanismos. No pocos de esos españolismos, además, resultan discutibles: ¿serán verdaderos españolismos voces como: apartamento (“piso pequeño para vivir”), apartamiento (“apartamento”), claxon (“bocina eléctrica”), comisaría de policía, mala hierba (“planta herbácea, que crece espontáneamente dificultando el buen desarrollo de los cultivos”), interinidad (“calidad de interino”), IVA (“impuesto sobre el consumo que grava las transacciones comerciales, los servicios, las importaciones, etc.”), legal (“leal o formal en su compromiso”), nicaragüenismo (“nicaraguanismo”), etc.? Creo que no; me parece que estas voces se emplean en otros varios países hispanohablantes. No niego que buena parte de los restantes sean efectivamente españolismos. Me parece, empero, que no pocos de ellos son designaciones de realidades propias de España, siendo esa la única forma de nombrarlas: duro (“moneda de cinco pesetas”), gra-

po (“miembro de la banda terrorista GRAPO”), gris (“miembro de la antigua policía armada, cuyo uniforme era de ese color”), MIR (iniciales de “médico interno residente”), pecero (del PCE, Partido Comunista Español), penene (iniciales de “profesor no numerario”).

Más interesantes me parecen los españolismos cuando aluden a realidades que, en otros países del mundo hispánico tienen otras designaciones: conducir (“guiar un vehículo automóvil”; en México, manejar); cubata (cubalibre), droguería (“tienda en la que se venden productos de limpieza y pintura”; aquí, tlapalería); ordenador (aquí, computadora)... Resulta también útil la transcripción de expresiones o modismos propios de España: estar algo en el bote (“ser considerado como ya ganado”), caldo de gallina (“tabaco de picadura poco elaborado”), allá películas (úsase para indicar que alguien se desentiende de cualquier responsabilidad: “por mí, allá películas”).

Persisten sin embargo varias dudas, entre las que destaco sólo dos: 1) habida cuenta de que, en el DRAE, son muy numerosas las voces y acepciones que se consideran regionalismos españoles, o sea propias y exclusivas de alguna región de

España, ¿por qué no se considera la ciudad de Madrid o la provincia de Madrid una más de esas regiones? Quizá la respuesta puede ser una de las dos siguientes: a) porque no hay voces privativas de la provincia de Madrid; b) porque se juzga que toda voz o acepción con vigencia en la capital de España, se considera o bien del español general o bien al menos del español de toda España. De cualquier forma, habría convenido aclarar este asunto en el preámbulo del DRAE o, al menos, en la Nueva Planta del Diccionario de la Real Academia Española, que apareció en 1997. 2) ¿Cuál fue el criterio de selección que llevó a los redactores del DRAE a incluir en la edición de 2001 sólo 39 españolismos? ¿Se juzgó que éstos eran los únicos o los más importantes? ¿No hubo tiempo, entre 1992 –año en que comenzaron a aparecer españolismos en el DRAE– y 2001 –año de publicación de la más reciente vigésima segunda edición– para incorporar más?

En la segunda parte de esta nota trataré de contribuir con algunos ejemplos de españolismos que no están en el DRAE y que, en mi opinión, convendría que se incluyeran.

Leer a Habermas Gonzalo Lapuente Sastre ■

J. C. Velasco, *Para leer a Habermas*, Alianza Editorial, Madrid, 2003 189 pp.

Jürgen Habermas (Dusseldorf, 1929-) ha sido uno de los pensadores más influyentes en el último tercio del siglo XX y se proyecta con fuerza en nuestro siglo actual. Los ámbitos en los que se le considera una referencia ineludible son principalmente la sociología, la filosofía moral, la filosofía y teoría del derecho, la filosofía del lenguaje, la epistemología, la teoría política y la crítica social. Además es un reconocido polemista que suele hacer valer el peso de sus razones en las discusiones públicas más candentes. Habermas no sólo es uno de los filósofos contemporáneos con mayor reconocimiento internacional, es también uno de los más prolíficos y el ritmo de sus publicaciones resulta trepidante para quienes intentan seguirlo de cerca. Nos encontramos, pues, ante un autor de gran importan-

cia, en torno al cual se focalizan los debates y a expensas del cual viven ingentes cantidades de publicaciones de carácter especializado y, progresivamente, también de divulgación.

El libro que nos ofrece en reciente publicación Alianza Editorial, viene precisamente al apoyo de quien asume la aventurada tarea de iniciarse en la lectura de Habermas. No se trata de una selección de fragmentos clave de su obra, recortados de gruesos volúmenes para aligerar la impaciencia del lector. Tampoco pretende ser un resumen de sus ideas principales, para ahorrar así el esfuerzo de perseguir las ideas a través de los complejos vericuetos conceptuales por los que discurre la mente del mencionado filósofo. No. Este libro no sustituye otros libros, ni siquiera los complementa con nuevas contribuciones, críti-

cas y desarrollos. Este libro tiene la calidad de ser lo que dice su título: *Para leer a Habermas*. Y es precisamente eso lo que le confiere un lugar significativo en el mundo editorial. Importantes libros en torno a Habermas, como los de Victoria Camps (1983), Adela Cortina (1985), José María Mardones (1985) y del mismo McCarthy (1987), o bien presuponen la lectura de la obra del filósofo alemán o bien tienen tal grado de autonomía que prácticamente suplen la lectura directa del mismo.

Juan Carlos Velasco, investigador titular del CISC (Madrid) y autor de esta guía a la lectura de Habermas, ha dividido su libro en dos partes igualmente valiosas. La primera de ellas consta de siete capítulos. La segunda de tres breves y enjundiosos anexos, sumando un total de 189 páginas en las que no hay desperdicio.

En el primer capítulo se ubica al filósofo dentro de su propia tradición, mostrando a su vez las fuentes de la ruptura con la misma y, con ello, el modularse de su posición original. Las nuevas perspectivas con que Habermas afrontará la diversidad de problemas propios de su tiempo y del nuestro, encuentran su génesis en las formas metodológicas que desarrolla a partir de y en contraste con una determinada tradición de filosofía social, la de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, con Horkheimer, Adorno, Benjamin, Apel y Marcuse a la cabeza.

Los siguientes cinco capítulos son un apunte de la pluralidad temática abarcada por Habermas. Comienza con una sucinta explicación de la teoría social a partir de la acción comunicativa y su conexión con su teoría ética, conocida como ética discursiva. Después aborda la aplicación de estos planteamientos iniciales a la teoría del derecho, del Estado de derecho, a la democracia y a la política deliberativa. Muestra también la aplicación de sus principios metodológicos al concepto de identidad colectiva y al de patriotismo constitucional.

El último capítulo de esta primera parte se consagra a un aspecto que habitualmente no aparece en los libros centrados en los aspectos más teóricos del filósofo. Se trata de los debates e in-

tervenciones en controversias públicas que protagonizó Habermas y también de la recepción que ha tenido su pensamiento en distintas disciplinas.

Pero el gran mérito de Velasco consiste en que no pretende limitarse a resumir las ideas del autor que comenta. En el océano de páginas publicadas por Habermas, él consigue delinear una articulación muy plausible de su pensamiento. Con sencillez y decisión rastrea la obra de Habermas y muestra las mutuas referencias que emergen en ella misma. El punto nodal de estos capítulos consiste en la interpretación de los distintos campos a partir de un núcleo metodológico común, el definido por Habermas en sus primeras obras. Por ello, cualquier lector parcial de la obra de Habermas podrá encontrar en el capítulo más afín a su temática un desarrollo sucinto de la misma, en el que además se recupere el enfoque metodológico global de la obra habermasiana aplicado a la temática particular correspondiente. Efectivamente, Velasco se ha preocupado por evidenciar continuamente dos aspectos; en primer lugar, el arraigo de cada temática en la metodología original del autor y en segundo lugar, la evolución interna del pensamiento de Habermas respecto de cada problema analizado. El resultado es un producto orgánico y dinámico.

Se le puede reprochar que cada tema es insuficientemente tratado. Pueden verlo así quienes hayan trabajado monográficamente determinadas parcelas de la obra del filósofo. Pero debe recordarse que se trata de una obra cuyo objetivo es introducir a la lectura del pensador. Otra crítica, de carácter diferente y a mi entender de mayor peso, consistiría en afirmar que este libro es para habermasianos. Es cierto que el autor del libro centra más su atención en la exposición y justificación de las tesis habermasianas que en la crítica de las mismas, pero también aparecen continuamente referencias explícitas a los autores con los cuales Habermas entabla diálogo. De hecho, pertenece a Habermas ese estilo coloquial en el que el propio pensamiento se va definiendo por la absorción crítica y la autodelimitación frente a otros pensadores. Considero que la perspectiva adoptada por

Velasco se sitúa claramente en el interior de dicho dinamismo. En muy pocas ocasiones toma distancia (cap. 7) y cuando lo hace no es para plantear una crítica, sino más bien para nombrarla y mostrar con precisión cómo Habermas la afronta y en cierto sentido la supera. Sin embargo, esta perspectiva adoptada por el autor no debe juzgarse necesariamente como una carencia. Ha tomado una opción. Si se trata de introducir a la lectura de un clásico contemporáneo, este libro debe poner al lector en relación directa con la obra del filósofo e interponer el mínimo posible de mediaciones que puedan interferir. La crítica daría protagonismo a una tercera voz que, en este caso, se pretendía diluir.

La segunda parte del libro consta de tres breves apéndices. El primero refiere datos autobiográficos de Habermas. Inicia con unas notas sobre el contexto socio-histórico de su obra y continúa con una cronología de su vida. Como en todo el libro, prima la esencialidad para facilitar al lector la ubicación, también histórica y no sólo temática, de las distintas obras. El segundo apéndice consiste en un glosario básico de términos clave sobre los que se articula el pensamiento del filósofo. La calidad de cada una de las definiciones, así como la referencia precisa de los conceptos a sus distintas fuentes, hace que resulte realmente deseable una mayor amplitud, al menos en cuanto al número de términos glosados. El tercer apéndice es una bibliografía comentada dividida en cuatro secciones. La primera es netamente original. No se propone señalar qué es lo más importante que hay que leer de Habermas, sino más bien por dónde hay que comenzar a leerlo. Hace una selección genial de los textos con la indicación de su característica peculiar. A continuación, en una segunda parte, presenta todas las obras escritas por Habermas, acompañadas de una nota bibliográfica sobre las ediciones existentes en español y de un breve y valioso comentario. La tercera parte no es menos significativa. Realiza primero una selección de las principales obras sobre Habermas en distintos idiomas, con dominio natural del alemán. Luego refiere las principales monografías y estudios sobre Habermas realizados original-

mente en España y, finalmente, aparece la bibliografía citada en la elaboración de este libro. Para terminar, la cuarta parte de este tercer apéndice refiere una serie de páginas de internet donde puede encontrarse información sobre el autor. Todo este apéndice bibliográfico compensa en cierto modo la carencia de críticas dirigidas contra el filósofo a lo largo del libro, pues aquí Velasco sí da voz a algunos de sus críticos, si bien todavía predominan los habermasianos.

Leer a Habermas resulta irrenunciable para quien desarrolla un trabajo de reflexión crítica en cualquiera de las áreas por él tocadas. Sin embargo, hay dificultades que se deben salvar. En primer lugar, su inabarcabilidad dada la multitud de disciplinas en las que ha incursionado y lo ingente de su producción. En segundo, la dificultad intrínseca de su forma expresiva. Su lenguaje no es sencillo. No pertenece a la tradición anglosajona, donde la delimitación exacta de las problemáticas, la claridad y la precisión conceptual son exigencias inherentes al discernimiento intelectual. Este autor pertenece a la tradición alemana, en la cual se prefiere afrontar los problemas bajo el aspecto de su irreducible complejidad; y donde la claridad y sencillez se sacrifican en función de explicaciones omnicomprendivas. Tratándose de una introducción a la lectura de un autor particularmente extenso y complejo, este libro de Juan Carlos Velasco constituye una importante contribución al estudio inteligente de la obra de Habermas, dentro, eso sí, de los límites y fines que el propio autor se marcó ■

